Sitios sagrados
y conservación de la naturaleza

Ecofronteras, 2015, vol.19, núm. 53, pp. 6-9, ISSN 2007-4549. Licencia CC (no comercial, no obras derivadas); notificar reproducciones a llopez@ecosur.mx

Fernando Limón Aguirre, Miguel Ángel Vásquez Sánchez y Anna Horváth

Los sitios sagrados naturales. ¿Por qué lo son?

¿Qué es el sol, por qué está allí y cuáles son sus misterios? ¿Qué tiene la tierra que sobre ella andamos y ahí crecen las plantas y de ella brota el agua? ¿Por qué a veces deja de llover? ¿De dónde viene el viento? ¿Cómo es el fuego y cómo podemos adentrarnos en él para conocerlo? ¿Qué hay en la profundidad de los abismos? Estas y muchas más preguntas han acompañado a la humanidad, pues siempre se ha tratado de entender a la naturaleza.

El conocimiento acerca de los procesos y componentes del mundo natural, acerca de la vida, la muerte y lo sobrenatural; la asimilación de lo físico y lo metafísico, han sido de interés primordial entre los diversos pueblos del orbe. Los particulares y a veces divergentes caminos por estas inquietudes, así como sus síntesis de entendimiento, están en la base de las diferentes culturas, con sus orientaciones para establecer la mejor relación posible con la naturaleza y su comprensión de lo divino.

Una de las formas de practicar y transmitir entre generaciones los simbolismos y saberes relacionados con la naturaleza y su relación con lo divino, ha sido su representación a través de espacios reales y tangibles: los llamados *sitios naturales sagrados*. Por definición son sitios de culto a la divinidad; son porciones territoriales que representan la fusión cargada de sentido entre la naturaleza y las culturas.

La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) explica que un *sitio natural sagrado* es un área de tierra o agua con un significado espiritual especial para los pueblos y comunidades, reconociendo incluso que ciertas construcciones humanas también pueden llegar a ser sitios sagrados con importancia para la conservación de la biodiversidad. De hecho, podría tratarse de las más antiguas áreas protegidas.

Estos sitios, considerados culturalmente como moradas o lugares de contacto con con fuerzas o referentes espirituales, constituyen parte importante de varias tradiciones culturales, es decir, eje vertebral de algún modo particular de existencia y de entendimiento del mundo, siempre en con-

©H BAHENA-ECOSUR-LIGHTHAWK

cordancia con el entorno natural específico en el que se desenvuelve.

¿Cómo se relacionan la cultura y la conservación de la biodiversidad?

Entre los pueblos originarios de todo el mundo, proclives a venerar y rendir culto a lo que se identifica como divino, existe una racionalidad que confiere sentido sagrado a toda la naturaleza. De ese entendimiento se desprenden las primeras formas de conservación al unir lo espiritual, lo ético y lo práctico, con base en la convicción de que el ser humano pertenece a la naturaleza y depende de ella. De ahí que se la conciba como proveedora –la Madre Tierra–, que se le quiera, se le respete y se le cuide.

Reconocerlo así es importante para comprender las formas y las reacciones de defensa –de protección y conservación– ante acciones sacrílegas (aquellas que causan lesión a lo sagrado) en determinadas áreas naturales protegidas, mismas que han sido definidas y establecidas mucho antes que cualquier dictamen gubernamental. Es común que estos sitios –que pueden ser desde elementos como un árbol o una piedra, hasta una montaña o todo un horizonte– tengan alguna particularidad: que sean fuera de lo común, poco accesibles, tal vez potencialmente peligrosos y misteriosos, y que representen recursos restrictivos para la comunidad.

Los sitios sagrados son lugares de conocimiento y aprendizaje, de diálogo y encuentro, de revelación y confesión, de ofrenda y promesa, de peregrinación y estancia; son recintos para la oración, la contemplación, la reverencia y la humildad.

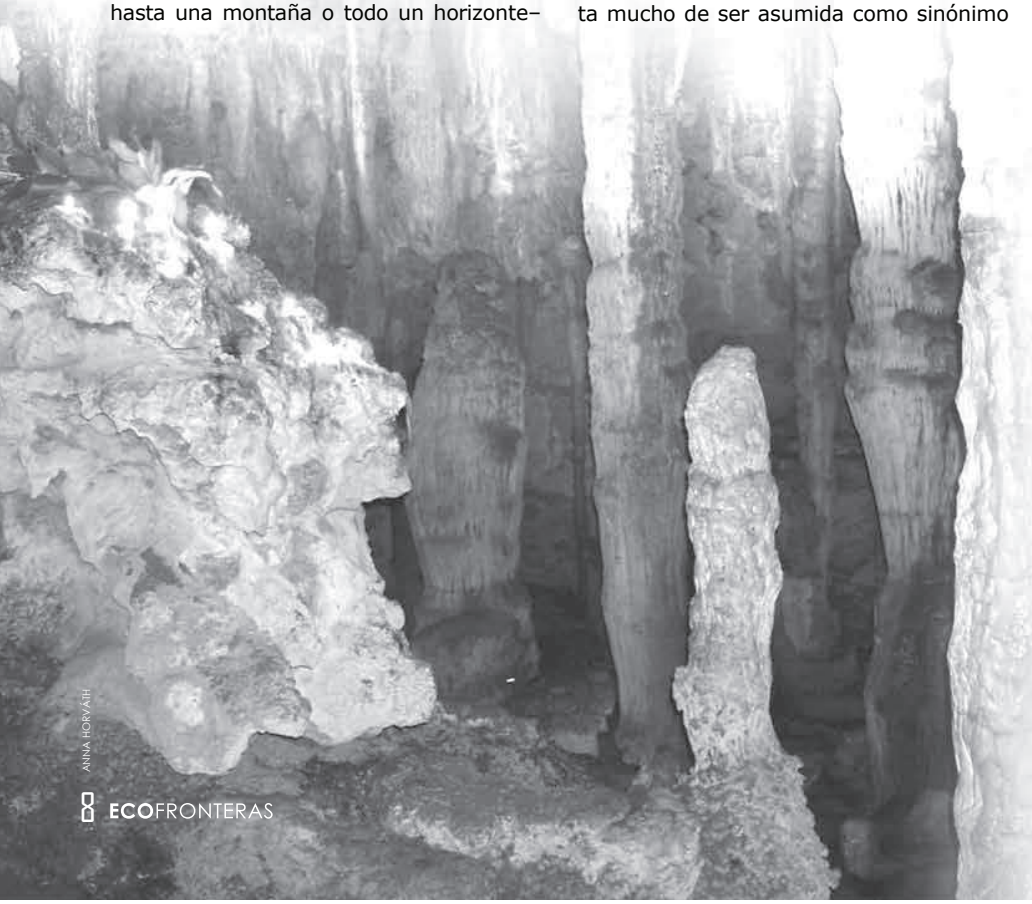
En general se han considerado como sagrados ciertos lugares con agua o donde viven especies de plantas o animales de interés simbólico; cuevas, cerros o rocas altas; volcanes, cascadas, lagunas, manantiales u otras formaciones naturales. En las zonas maya, zoque y chiapaneca, o en general en Mesoamérica, destacan también los cenotes y hay animales que por vincularse con lo divino, están asociados con estos espacios, por ejemplo, el quetzal, la culebra, el jaguar, el murciélago, el mono o el colibrí.

El respeto es, desde los conocimientos de los pueblos, lo fundamental de y en los sitios sagrados. Se trata de un aspecto importante para comprender lo que ellos entienden por conservación, pues dista mucho de ser asumida como sinónimo de no tocar a la naturaleza o de cuidarla en una lógica paternalista-protectora. El respeto remite a una disposición comprometida de reciprocidad; quiere decir que promueve una relación potenciadora de quienes entran en relación: cultura (gente, pueblo) y naturaleza.

Desde esta perspectiva, los sitios sagrados no deben ser vistos como puntos geográficos específicos, sino como la dimensión expresiva de una forma de entendimiento cultural y de relación con la naturaleza. Se trata de espacios que concentran la potencia de la historia de tal relación: tanto el pasado como el presente e incluso el futuro como anhelo y reivindicación. Son lugares, pues, de conocimiento y aprendizaje, de diálogo y encuentro, de revelación y confesión, de ofrenda y promesa, de peregrinación y estancia; son recintos para la oración, la contemplación, la reverencia y la humildad.

¿Cómo afectan a los sitios sagrados y a la conservación de la biodiversidad el encuentro de culturas y religiones con los modelos económicos y políticos?

La UICN tiene una estimación de más de un cuarto de millón de sitios naturales sagrados en el mundo, y sobre este conjunto pesa una amenaza constante que gana terreno por las lógicas del mercado y de la política predominante a escala global, así como por los cambios culturales y religiosos. Con proyectos de turismo masivo, desarrollo industrial, construcción de hidroeléctricas, minería, modernización y expansión de las fuerzas del mercado, tales lógicas se hacen presentes a través de las actividades comerciales, de expropiación, de explotación y de aprovechamiento de los recursos que ofrece la naturaleza: paisajes, ecosistemas, elementos, sustancias y especies con sus componentes biológicos, químicos y físicos.



ANNA HORVÁTH

MARCO A. GIRÓN

Es común que sobre estos sitios sagrados se monten proyectos de desarrollo. Es como si sobre la Mezquita de Omar en Jerusalén, la Basílica de San Pedro en el Vaticano o la ciudad de Lhasa en el Tíbet, se construyeran puentes y se escarbaran pozos para extraer petróleo o minerales.

En México, los sitios naturales sagrados se encuentran en cualquier parte donde haya culturas indígenas, o en zonas mestizas que han heredado visión y recursos de aquellas. Principalmente los hay en el sureste (Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Tabasco y la península de Yucatán), además de Querétaro y San Luis Potosí.

Un caso emblemático es el de Wirikuta (del pueblo Wixarika, los wixaritari, mal conocidos como huicholes), incorporado en 1988 por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) a la Red Mundial de Sitios Sagrados Naturales, lista que incluye zonas protegidas de Australia, Kenya, Mongolia, India y China, entre otros países. Wirikuta tiene al menos 40 sitios sagrados definidos en su interior, y ahí el gobierno mexicano ha estado concesionando tierras a empresas mineras nacionales y extranjeras, con sus intereses particulares y sin la debida consideración a lo que el espacio es y representa. Mientras tanto los wixaritari se han congregado y proclaman, mediante su custodia, la defensa de la "esencia de la vida", como un legado a toda la humanidad y al mundo.

En la amplia región maya, más allá de Tikal, Yaxchilán, Copán, Palenque, Chichen Itzá, el Lago de Atitlán y su Cerro Kujil, se puede afirmar que cada pueblo (en sentido cultural) tiene al menos un sitio sagrado que sirve como reservorio de su memoria histórica y para su articulación cultural (lo que puede extrapolarse a cada comunidad). No obstante, es común que sin el mínimo respeto y con lógicas avasalladoras de poder y de intereses económicos, sobre estos sitios se monten proyectos de desarrollo. ¡Costos del progreso!, afirman sus promotores.

Es como si sobre la Mezquita de Omar en Jerusalén (de los musulmanes), la Basílica de San Pedro en el Vaticano (de los católicos) o sobre la ciudad de Lhasa en el Tíbet (de los budistas) se construyeran puentes y se escarbaran pozos para extraer petróleo o minerales. Pues igual despropósito es que sobre los sitios naturales sagrados de cualquier pueblo, independientemente de su tamaño o de la población que los integre, se erijan e impongan proyectos sacrílegos e irrespetuosos con el argumento del progreso y el desarrollo económico.

¿Por qué los sitios sagrados representan lugares clave para la conservación?

Según lo anterior, en el interés genuino por la conservación de la biodiversidad, la atención a los procesos ecosistémicos, el cuidado de la naturaleza y su aprovechamiento sustentable, adquiere importancia primordial el respeto a los sitios sagrados, los cuales son verdaderas insignias que ponen de manifiesto un sentido posible de existencia y de relación con la Madre Tierra, como el que refrendan los pueblos originarios.

Todo esto nos conduce a la trascendencia de la protección de los derechos de los pueblos, con sus culturas y sus territorios, avanzando hacia el consentimiento libre, informado y consensuado o en su caso, al disentimiento, pues estos derechos se traducen también en proclama de los derechos de la naturaleza.

Fernando Limón Aguirre es investigador del Departamento de Sociedad y Cultura, ECOSUR San Cristóbal (flimon@ecosur.mx); Miguel Ángel Vásquez Sánchez es técnico académico del mismo departamento y unidad (mvazquez@ecosur.mx), y Anna Horváth es investigadora del Departamento de Conservación de la Biodiversidad, ECOSUR San Cristóbal (ahorvath@ecosur.mx).

ENTÉRATE

En 2005, en Tokio, Japón, se realizó el Simposio Internacional "Conservar la Diversidad Cultural y Biológica: El Papel de los Sitios Sagrados Naturales y los Paisajes Culturales", en el cual se revisó si estos espacios pueden contribuir eficazmente a la conservación de la biodiversidad, partiendo de la capacidad de las comunidades locales para salvaguardar la naturaleza con la que existe un estrecho vínculo. Como resultado, se adoptó la llamada Declaración de Tokio, que invita a las organizaciones y a la comunidad de científicos a resguardar la diversidad biológica y cultural de esos sitios; también hace un llamado a gobiernos y administradores de áreas protegidas para que consideren las directrices de trabajo de la UICN/UNESCO en el tema de los sitios naturales sagrados.

Fuente: Revista del Patrimonio Mundial 49, 2008, whc.unesco.org/document/103202